

Interpretaciones de la Cultura

A partir del momento en que el estudio de las culturas humanas fue reconocido como problema, se han llevado a cabo interpretaciones que pretenden abordarlo como un fenómeno único. Se consideró a la sociedad como un organismo y sus diversas funciones se explicaron del mismo modo que los órganos del cuerpo. Bajo la influencia del darwinismo sus cambiantes formas fueron interpretadas como la evolución de un organismo, siendo el pensamiento racional la fuerza motriz de su desarrollo.

Las investigaciones de antropólogos como Tylor, Bachofen, Morgan y Spencer fijaron la atención sobre los datos antropológicos que han permitido ilustrar el gradual desarrollo y avance de la civilización. El progreso de este aspecto de la antropología fue estimado por la labor de Darwin y sus sucesores, y las ideas fundamentales pueden entenderse solamente como una aplicación de la teoría de la evolución biológica a los fenómenos mentales. El concepto de que las manifestaciones de la vida étnica representan una serie cronológica, que de comienzos simples progresó en una única línea hasta el complejo tipo de civilización actual fue el pensamiento básico de esta rama de la ciencia antropológica.

Los argumentos en favor de esta teoría se fundan en las semejanzas de tipos de cultura observados en distintas razas del mundo entero, y en la frecuencia de costumbres peculiares en nuestra propia civilización que sólo pueden explicarse como supervivencias de otras antiguas que tenían un significado más profundo en un período lejano, y que aún se encuentran en pleno vigor entre los pueblos primitivos.

Un excelente ejemplo de la teoría general de la evolución de la civilización se halla en la teoría de desarrollo de la agricultura y de la domesticación de animales. Según ella, en los comienzos de la vida social, animales, plantas y hombres vivían juntos en un medio ambiente común y cómo las condiciones de vida provocaron que ciertas plantas se multiplicasen en la vecindad del campamento humano con exclusión de otras, y que ciertos animales fueron tolerados como acompañantes del campamento, se desarrolló una asociación más estrecha entre plantas, animales y hombres, que finalmente condujo a los principios de la agricultura y a la actual domesticación de los animales.

Utilizando métodos similares se ha reconstruido la evolución del arte y de la religión, considerada esta última como el resultado de la especulación respecto de la naturaleza.

Directamente relacionado con ello, se nos presenta la teoría del desarrollo cultural unilineal. Según esta teoría diferentes grupos de hombres partieron en tiempos muy remotos de una condición general de carencia de cultura; y, debido a la unidad de la mente humana y a la consecuente respuesta similar a estímulos externos e internos, evolucionaron en todas partes aproximadamente de la misma manera, realizando inventos similares y desarrollando costumbres y creencias parecidas. También involucra una correlación entre el desarrollo industrial y el social, y por lo tanto una definida secuencia de invenciones así como de formas de organización y creencia.

A falta de datos históricos respecto a los primeros pasos del hombre primitivo en el mundo, tenemos sólo tres fuentes de evidencia histórica para esta suposición; los testimonios contenidos en la historia más antigua de los pueblos civilizados del Viejo Mundo, las supervivencias en la civilización moderna y la arqueología. Esta última es la única vía por la cual podemos abordar el problema respecto a los pueblos que no tienen historia. Gracias a los testimonios arqueológicos pueden descubrirse semejanzas entre los tipos de cultura representados por pueblos primitivos y las condiciones reinantes entre los antepasados de los pueblos actualmente civilizados en los comienzos de la historia, pero aunque que estas analogías cobren mayor fuerza ante las pruebas aportadas por las supervivencias, de todos modos no justifican una completa generalización. Para que la teoría del desarrollo paralelo tuviera importancia, sería preciso que en todas las ramas de la humanidad los pasos de la invención hubieran seguido, al menos aproximadamente, el mismo orden, y que no se hallaran brechas considerables. Pero, los hechos, al menos en la medida en que se conocen hasta el presente, contradicen totalmente esta hipótesis. Por el contrario, las consideraciones teóricas basadas en las evidencias arqueológicas, la distribución geográfica y las etapas de la evolución sugieren que las costumbres no se desarrollan necesariamente de una misma manera.

De allí, que una de las más fuertes objeciones al razonamiento de los que tratan de establecer líneas de evolución de culturas, reside en la frecuente falta de comparabilidad de los datos. La atención se dirige fundamentalmente a la semejanza de los fenómenos étnicos, mientras se descuidan las variaciones individuales. En cuanto volvemos nuestra atención a éstas notamos que la igualdad de los fenómenos étnicos es más superficial que esencial, más aparente que verdadera. Esto se debe a que las semejanzas inesperadas atrajeron nuestra atención más que las diferencias.

Es fácil hallar ejemplos de tal falta de comparabilidad. Por ejemplo, al señalar que la vida después de la muerte es una idea que se desarrolla en la sociedad humana como una necesidad psicológica, estamos refiriéndonos a un grupo de datos sumamente complejos que se desarrollan de forma diferente según cada cultura en particular. Un pueblo cree que el alma sigue existiendo en la forma que la persona tenía en el

momento de morir, otro que se reencarnará más tarde en un integrante de la misma familia; un tercero que las almas se introducen en el cuerpo de animales; y otros que el alma luego de la muerte espera retornar al mundo en un futuro lejano. Teniendo en cuenta esto, puede notarse que los elementos emocionales y racionalistas que integran tan diversas concepciones son totalmente distintos; y percibimos que las varias formas de la idea de una vida futura llegaron a existir por procesos psicológicos absolutamente diferentes. En un caso, la semejanza entre niños y sus parientes desaparecidos, en otros el recuerdo del difunto como fue durante los últimos días de su vida, en otro la nostalgia por el hijo o el padre querido; así el mismo temor a la muerte pudo contribuir al desarrollo de la idea de la vida después de la muerte, unos en este mundo, otros en el más allá.

Estos pocos datos serán suficientes para demostrar que un mismo fenómeno étnico puede derivar de fuentes diferentes; y podremos inferir que cuanto más simple es el hecho observado, tanto más probable es que haya derivado de fuentes diferentes en culturas diferentes.

La cultura fue también interpretada en otras formas. Los geógrafos tratan de explicar las formas de cultura como un resultado necesario del contacto con el medio geográfico, ya que no es difícil ilustrar su enorme influencia. Toda la vida económica de las sociedades humanas se ha visto históricamente limitada por los recursos de la zona en que se han ubicado, tales como la provisión de alimentos disponibles, las vías naturales de transporte y comunicación, etcétera. La humanidad ha sabido adaptarse a ellas y utilizarlas para el beneficio y la supervivencia de las comunidades que la integran. Por ejemplo, la casa de nieve del esquimal, la choza de cortezas del indio, las habitaciones en forma de cueva de las tribus del desierto, ilustran cómo de acuerdo con los materiales disponibles, se consigue protegerse de la intemperie; o también puede mencionarse la escasez de alimentos que puede llevar a una comunidad a transformarse en nómada.

Por esto, sostener que el medio geográfico es la única determinante que obra sobre la formación de una mentalidad supuestamente idéntica en todas las razas de la humanidad, debería llevarnos a la conclusión de que el mismo medio producirá los mismos resultados culturales en todas partes. Sin embargo no es así, pues a menudo las formas culturales de pueblos que viven en el mismo tipo de ambiente muestran marcadas diferencias. El ambiente siempre opera sobre una cultura preexistente, no sobre un grupo hipotético sin cultura, por lo tanto es importante sólo en cuanto limita o favorece las actividades.

Debemos recordar que, por grande que sea la influencia que atribuimos al ambiente, ésta se hace activa sólo cuando se ejerce sobre la **mentalidad**; de modo que las características de la mente deben intervenir en las formas resultantes de actividad social.

Por otra parte, la teoría del determinismo económico de la cultura no es más adecuada que la del determinismo geográfico, aunque pueda resultar más atrayente porque la vida económica es una parte integral de la cultura y está íntimamente relacionada con todas sus fases, mientras que las condiciones geográficas constituyen siempre un elemento externo. Sin embargo, no hay razón para considerar las demás fases de la cultura como una superestructura levantada sobre una base económica, pues las condiciones económicas actúan siempre sobre una cultura preexistente y dependen de otros aspectos de la misma. De este modo, no es equívoco concluir que la vida cultural está siempre económicamente condicionada, y la economía está siempre culturalmente establecida.

Importancia del trabajo de campo etnográfico



La historia del trabajo de campo etnográfico se asocia al análisis de diferentes aspectos según la perspectiva desde la que se lo elabore. Desde la perspectiva antropológica alude al estudio de culturas exóticas, mientras que desde la mirada de la sociología, se orienta hacia el análisis de los segmentos marginales de la propia cultura. El primero de ellos es el que nos interesa aquí.

Los primeros pasos de la etnografía

Desde el siglo XV, con la expansión imperial europea y la invención de la imprenta, circulaba entre la gente culta de las metrópolis europeas y las colonias, la novedad de la existencia de distintas formas de vida humana. Pero la reflexión sobre tales temas tardaría más tiempo en tomar forma, de hecho no lo haría hasta fines del siglo XIX y el lugar en donde surgiría sería Inglaterra.

Los primeros etnólogos, provenientes de las leyes y las humanidades, buscaban inscribir la información dispersa sobre culturas lejanas y salvajes en la historia de la humanidad. Establecían leyes de la evolución humana y de la difusión de bienes culturales según los paradigmas dominantes en los estudios del hombre y la naturaleza: el evolucionismo y el difusionismo. Para éstos las diferencias entre las culturas humanas respondían a una distinta velocidad en la evolución, o al contacto entre los pueblos,